

La Gran Guerra en la literatura contemporánea

Dominique Viart

Hace una década que la Gran Guerra viene siendo recabada por la joven literatura. Recordemos la primera novela de Jean Rouau, *Los campos de honor* y del buen éxito que le valió el Premio Goncourt. Era en 1990. Apenas un año después de *La acacia* de Claude Simon y el filme de Bertrand Tavernier, *La vida y nada más*. Pero también cabe evocar *Un largo domingo de noviazgo* de Sébastien Japrisot, publicado al año siguiente, como asimismo *Doce cartas de amor al soldado desconocido* (1993) de Olivier Barbarant. *La casa rosa* de Pierre Bergounioux se publicó en 1987, o sea dos años más tarde que *Este paso y el siguiente*, primera intervención de la Primera Guerra Mundial en su obra, cuya sombra se proyectará en otros libros posteriores suyos. Diversos escritores que desarrollan la crónica de una stirpe familiar, forman parte también de esta narrativa sobre las matanzas de las trincheras, como Sylvie Germain en *Libro de las noches* (1985) y Richard Millet en *La gloria de los Pythre* (1995). No me propongo hacer aquí un exhaustivo inventario. Sin duda, quedarán sin mencionar numerosos textos. Sólo quiero interpelar al fenómeno para intentar comprenderlo y describir sus modalidades y recursos.

Convengamos de entrada que esta multiplicación de relatos de guerra, o más precisamente de relatos que evocan la llamada Gran Guerra –puesto que no son relatos dedicados enteramente a contar la guerra– llama la atención toda vez que el tema ha estado singularmente ausente en las dos décadas anteriores. Sin duda, esta ausencia de los libros de 1950-1970 no resulta sorprendente. Durante los llamados Treinta Años Gloriosos todo el esfuerzo social y cultural tiende a alejar el recuerdo de los años negros vividos en la Segunda Guerra Mundial. La empresa de la reconstrucción se lleva mal con una mirada retrospectiva, el país está rehaciéndose, la prosperidad aguarda a la vuelta de la esquina, el progreso conduce inexorablemente hacia un futuro radiante. En el campo propiamente literario reinan las neovanguardias, sean la Nueva Novela o el textualismo, cuyas preocupaciones son esencialmente formales. Una de las mayores características de lo moderno que radicalizan las vanguardias de todo orden y en todos los dominios es, en efecto, haber sustituido la cuestión del asunto de la obra por el de su medio. Desde entonces, tanto en la literatura como en la pin-

tura, sólo cuentan las cuestiones de lenguaje y de las estructuras que el género pone a prueba¹. La literatura se complace así contemplándose en el espejo de sus innovaciones y poco se preocupa de la historia. La misma pretensión de decir lo real resulta más bien violentamente condenada y es objeto de burla implacable. Ya sabemos todo esto. Y también sabemos que tales vanguardias se encuentran ahora agotadas y que sus textos se han vuelto ilegibles o repetitivos.

Que el vaivén de las modas estéticas se oriente en sentido inverso no sorprende: tras años de prohibición del sujeto, lo real y la historia, es bastante lógico que tales preocupaciones reaparezcan. La novela histórica ha retornado rápidamente a la escena literaria. Se trataba de compensar el peso de los historiadores propiamente dichos, que monopolizaban el relato, siguiendo el ejemplo de Georges Duby y Emmanuel Leroy-Ladurie. Las novelas históricas se aventuran en el mismo espacio ilustrado por estos historiadores: la Edad Media, el Antiguo Régimen, la Antigüedad clásica, pero no la Gran Guerra, o muy poco. Hará falta una década más para que aparezcan las novelas que la evoquen. Entonces surgen las preguntas: ¿por qué y por qué ahora?

Hay diversas razones, cada una cargada de consecuencias no sólo en cuanto a los «relatos de guerra» que retornan sino también y sobre todo por su forma. La primera de estas razones es una razón secundaria: se trata de la crítica al formalismo estructural y sus consecuencias en el campo artístico. Contra las estructuras atemporales se afirma la consciencia del ser en el tiempo y, más aún, del sujeto en la historia. No conviene olvidar que la filosofía, asimismo, tras un periodo estructural, ha vuelto a reflexionar sobre el sujeto, la Historia y la memoria². Este retorno intenta un esfuerzo de reapropiación de la Historia, demasiado marginada por las vanguardias del medio siglo, para las cuales la producción literaria se pensaba sin referentes; la literatura interroga ese momento mayor de la Historia en que, antes de los traumas de Auschwitz e Hiroshima, se ponen en crisis el discurso humanista y las concepciones teleológicas de la Historia. Muy lejos del «deber de recordar», estas obras son un testimonio, más bien, del «trabajo de la memoria» que, a partir normalmente del modelo de Claude Simon aúna el intento de la anamnesis con un esfuerzo de restitución crítica, y busca las formas de un relato que pueda pronunciar otras verdades sin borrar la sospecha ni disolverse en el esteticismo literario.

Esta es una de las razones esenciales por las que reaparece el interés en la Gran Guerra: en un periodo en que desaparecen las ilusiones ideológi-

¹ *Toda la reflexión sobre el arte desde Clément Greenberg hasta Nathalie Heinich.*

² *Desde perspectivas diferentes, se puede evocar la actual coincidencia en el éxito de los pensamientos de Levinas, Ricoeur y Badiou.*

cas, es urgente reflexionar sobre las causas de tal desaparición. Si, como lo subraya Adorno, cierta forma de la expresión cultural en tanto sublimación se ha vuelto imposible después de Auschwitz, mucho antes de Auschwitz, en esas trincheras donde se inventa la internacionalización de la guerra, comienza a ensombrecerse la fe en el humanismo que el Holocausto acabará de inhumar. Pero esta necesaria reflexión, que sin duda pudo desarrollarse desde 1945, se «congeló» por la glaciación ideológica en la cual entró el mundo por entonces. Me parece particularmente significativo que los relatos de los que hablo hagan su aparición masiva en la escena literaria hacia 1989-1990, fecha de la simbólica caída del Muro. Esta caída sanciona el hundimiento de los que, desde 1979, Lyotard denomina «grandes metarrelatos de legitimación»³, cuyo fin se hallaba próximo. Pero no se puede retornar al Sujeto y al Otro, es decir al hombre de la Humanidad, sin pensar a la vez en lo falible de las ideologías fundadas en el progreso y en el humanismo puestos a prueba por la Historia. Sobre tal peligro y tal duelo pueden entenderse y superarse las errancias contemporáneas.

Bien, pero para comprender hay que saber y aprender. Y esta es la segunda razón del interés actual por aquel periodo: se trata de la sucesión generacional. Con la notable excepción de Claude Simon, sobre la cual volveré, los escritores referidos nacen entre 1949 y 1954⁴ y escriben cuando los últimos sobrevivientes de la Gran Guerra son ancianos. La transmisión de su experiencia no se hizo, o se hizo apenas, porque los sufrimientos recientes acallan los lejanos y, a diferencia de la Segunda Guerra Mundial, respecto a la cual la cuestión de la memoria no se plantea de la misma manera porque la distancia generacional es menor, la Primera Guerra Mundial desapareció del campo literario y hasta de los recuerdos familiares entre 1950 y 1990.

Sin duda, los horrores de la Gran Guerra fueron descritos apenas terminada la contienda, pero ¿qué significan hoy esos textos? Como lo subraya Rouaud, «nunca escuchamos verdaderamente a esos viejos de veinte años cuyos testimonios nos ayudarían a desandar los caminos del horror»⁵. La cuestión es ahora distinta: se trata de escucharlos cuando todavía es posible y saber qué hacemos con sus relatos, qué nos queda de ellos. Se activa la cuestión de la herencia y estos libros demuestran que la cuestión no se limita a la ascendencia inmediata. «La guerra del 14 es el acontecimiento fundante de nuestra época» afirma Jean Rouaud repetidamente en las entre-

³ *Jean-François Lyotard: La condition posmoderne, Minuit, 1979.*

⁴ *Bergounioux, Daeninckx, Rossi alias Japrisot (1949); Jean Rouaud (1952); Sylvie Germain y Richard Millet (1954).*

⁵ *Jean Rouaud: Les champs d'honneur, Minuit, 1990, p. 156.*

vistas que concede. Lo más agudo de la herencia, el punto neurálgico del cual todo procede es justamente la Gran Guerra, como le escribe Olivier Barbarant al soldado desconocido: «Fuisteis atrapados como no lo fueron las generaciones sucesivas, y la revuelta de vuestros supervivientes fue por otra parte incomparable con ellas, con la cómoda desesperación existencialista y el griterío, veinte años más tarde, de los melencólicos que sólo llevaban a la boca una suerte de lirismo desmantelado»⁶. Claude Simon investiga infatigablemente la arqueología de esta trampa en *La acacia*, averiguando cómo actuaron, en el curso de esa aventura empezada veinticinco o treinta años antes⁷, las presiones sociales, culturales e ideológicas que llevan a un hombre a morir en el campo del honor, habiendo adoptado esos valores que lo conducen a una muerte contraria a su discurso falsamente humanista. «El terror moderno se instala en grande con la Primera Guerra Mundial» escribe Miguel Abensour refiriéndose a Elie Halévy y Theodor Adorno⁸.

Hay como una urgencia de saber, una doble urgencia motivada tanto por la distancia generacional como por la quiebra ideológica. En ese sentido, el interés por tales cuestiones manifiesta la preocupación de una herencia con la cual –o a partir de la cual– pensar el presente. Sintomática es así la relación siempre activa entre estos textos y las cuestiones de filiación, como si se tratase de reanudar el hilo roto de la transmisión y, por él, a la vez, interrogar a la memoria, sospechar otra realidad detrás de las pantallas instaladas por la historia oficial de los manuales escolares, y comprender el trauma sufrido por los que chocaron de frente con los desmentidos que derogaron sus creencias⁹. En efecto, todos estos autores, con la excepción, quizá, de Japrisot, concentran su obra en torno al tema de la filiación, de la ascendencia y sus sombras: Bergounioux (ver *El Día de Todos los Santos*, *El huérfano*, *Migaja*, entre una decena de otros libros), Simon (ver *Las geórgicas*), Germain (ver *Días de cólera*), Millet, etc. Esta situación determina con firmeza las obras, no porque sean el mero producto del momento y de sus características históricas y culturales –cada autor llega a la escritura con su propia personalidad– sino que adoptan una posición narrativa que pone claramente en evidencia los mecanismos internos.

Porque hay un saber que falta, estos relatos se desarrollan a modo de enigmas. Es raro que escojan contar una experiencia ficticia cronológica-

⁶ Olivier Barbarant: Douze lettres d'amour au soldat inconnu, *Champ Vallon*, 1993, p. 91.

⁷ Claude Simon: *L'Acacia*, *Minuit*, 1989, p. 62.

⁸ Miguel Abensour: «Le choix du petit», en *Passé, Présent*, n° 1, 1982, texto retomado como posfacio a la traducción francesa de la *Minima Moralia de Adorno*, *Payot*, 1991.

⁹ Sobre esta temática de la filiación en la literatura contemporánea, ver Dominique Viart: «Filiaciones literarias», en esta misma revista, n° 591, pp. 73-82.